

El vino y el odre nuevos de la Vida Consagrada

La vida consagrada: don de Dios y ¿purgatorio?

En la plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica de noviembre 2014, el Papa Francisco comentó el título escogido para dicha sesión: «Vino nuevo en odres nuevos». ¿A qué novedad se refería? Unos meses antes había presentado la vida consagrada como «un don de Dios, un don de Dios a la Iglesia, un don de Dios a su pueblo. Cada persona consagrada es un don para el pueblo de Dios en camino» (Francisco, 2-2-14). Meses después especificaba: «dicen que la vida consagrada es el paraíso en la tierra. No. En todo caso el purgatorio» (Francisco, 11-4-15). ¿Purgatorio? ¿Será ver la vida consagrada como “purgatorio” la novedad que el Papa Francisco descubre y propone a los consagrados de hoy? No creo.

¿Cuál es la novedad que pide Cristo y la Iglesia, a través de Vicario de hoy, a la vida consagrada?

¿Qué significa “nuevo”?

La obviedad que expresa la imagen usada por Jesús («vino nuevo en odres nuevos») no se aplica totalmente a los seres humanos. Por más que quiera uno, las nuevas relaciones y circunstancias personales o sociales son recibidas por un recipiente humano que no es “nuevo”, sino entrado en cierta edad, con una personalidad y experiencia de vida que no pueden dejarse a un lado. Cada ser humano tiene y tendrá algo de “viejo”. La dificultad expresada por Nicodemo al Señor es actual: “no puedo volver a nacer y ser nuevo”. Los más optimistas dirían: “se podrá mejorar, pero algo de lo viejo –no solo en edad sino de personalidad– que soy, es imposible cambiar”. ¿De qué novedad, entonces, está hablando Cristo?

Sus palabras fueron dichas en el contexto de la vocación de Mateo. Los fariseos han visto un cambio notorio y casi inmediato en el recaudador. ¿Es posible un cambio así? A la novedad de vida del buen judío, no siguen los

comportamientos nuevos que eran de esperar: sigue comiendo y compartiendo con sus amistades malsanas precedentes y no respeta la costumbre del ayuno, como era de esperar de quien ha emprendido un nuevo camino de seguimiento de un maestro de Israel.

Curiosamente la imagen del «vino nuevo en odres nuevos» parecería dar la razón a los fariseos: «dado que Mateo ha cambiado de vida, sus comportamientos han de ser nuevos». Veamos la cadencia de los hechos y del diálogo.

Mateo decide seguir a un maestro de la ley. Se espera de él un cambio en sus relaciones humanas, cosa que no se da como era de esperar. A estas expectativas Jesús recuerda que quien tiene necesidad de médico son los enfermos, y que Él, siendo maestro de la ley, ha venido para los pecadores. De este modo justifica el haber llamado al pecador Mateo y el que éste siga entre ellos para ofrecer su testimonio de vida y de conversión. Podríamos pensar que los escribas y fariseos pudieron aceptar esta argumentación con cierta facilidad, pues también en ellos anidaba el deseo de que los pecadores se arrepintieran y siguieran la ley de Israel.

Se presenta una segunda objeción. Aceptado que Jesús promueva en su nuevo discípulo mantener las amistades precedentes, aunque sean un tanto negativas, con tal que sea para llevarles a la conversión, ¿por qué no es más exigente en exigir entre los suyos la práctica del ayuno?

Es aquí donde aparece la imagen del «vino nuevo en odres nuevos» – junto con la de los amigos del novio y del remiendo en el vestido– para definir un nuevo criterio: «el sábado ha sido hecho para el hombre, no el hombre para el sábado». Cristo no niega el sábado pero sí ofrece un modo nuevo de vivirlo. El vino y odre nuevo no se refiere a una ley nueva, sino al modo de afrontar la ley de siempre. Con esta novedad de visión, se podrá seguir promoviendo la conversión y santidad del hombre, como Él hizo con Mateo.

¿Cómo distinguir lo perenne y la novedad en la vida consagrada de hoy? ¿Cómo lograr que el perenne sabor del seguimiento de Cristo sea degustado por el consagrado de hoy? ¿Cómo evitar que la novedad de la vida consagrada rompa lo que de odre viejo hay en cada uno de nosotros, haciendo que el vino se desparrame?

Apliquemos el vino de la parábola a la vida consagrada. Siempre ha existido el vino y siempre ha sido vino, pero cada cosecha es nueva. Y ese vino de siempre y de hoy está llamado a ser vida en cada uno de los consagrados. El odre son las formas, costumbres y estructuras que

describen el vino y favorecen su maduración para que alegre y sea vida de la persona consagrada. Por lo demás, el consagrado o la consagrada, que no es ni vino ni odre, es el ámbito en el que brillarán los buenos resultados que el buen vino ofrece cuando ha sido madurado y usado según odres adecuados. También en él, en el consagrado, se deba dar una novedad.

¿Cuál es el vino nuevo de la consagración, es decir, el de siempre, el de hoy? «Jesús es la novedad y el cumplimiento [...] Él es la novedad que hace nueva todas las cosas» (Francisco, 2-2-2016). Cristo es el vino de siempre y el vino de hoy. La vida consagrada, que vive anclada en Él y bebe constantemente de su novedad, siempre será nueva. En consecuencia, los consagrados que beben de Cristo, vino nuevo, serán testigos suyos en la medida en que lo sigan de acuerdo al propio carisma (cf. Francisco, 11-4-2015). «Estoy convencido también de que no hay crisis vocacional allí donde hay consagrados capaces de transmitir, con su testimonio, la belleza de la consagración. Si no hay testimonio, si no hay coherencia, no habrá vocaciones» (*Idem*).

El vino nuevo es el Cristo de ayer, de hoy, de siempre, que ha de ser testimoniado por el consagrado de hoy para el hombre de hoy.

¿Qué características ha de tener el testimonio de los consagrados, como odres nuevos, para que el nuevo vino, el de siempre, Cristo, ayude y sea degustado por los hombres y mujeres de hoy? Este es el gran reto de la vida consagrada. No hay que tener miedo a abandonar “odres viejos”, a renovar costumbres y estructuras institucionales que no son adecuadas para contener el “vino nuevo” y favorecer su plenitud (cf. Francisco, 27-11-2014).

¿Cómo escoger los odres adecuados? Estos odres, como en su momento hicieron los viejos, han de propiciar la extensión del reino, pero en el mundo de hoy; han de facilitar el dinamismo de la caridad, pero de acuerdo a las necesidades del hombre de hoy; han de acercar a los hombres a la Buena Noticia, pero escuchando sus angustias y dolores de hoy (cf. *Idem*).

¿Dónde encontrar estos odres nuevos? Del mismo modo que se descubrieron y se aplicaron los odres de antaño: en la originalidad evangélica, en la fidelidad carismática, en el primado del servicio, en la atención a los más necesitados, y en el respeto de la dignidad de cada persona (cf. *Idem*).

Pareciera que es poca la novedad que el Papa propone a los consagrados de hoy. Los criterios y principios a seguir han sido válidos y

aplicados con mayor o menor acierto en el pasado, y están siendo válidos también para el presente con sus grandes frutos y sus posibles errores. En cambio, Francisco invita a la vida consagrada a renovarse sin miedo.

Entendida la novedad de fondo que el Papa Francisco propone al aplicar el vino y odres nuevos a la vida consagrada, presentamos algunas aplicaciones concretas que él mismo ha desarrollado durante el año dedicado a las personas que consagran su vida al Señor.

El vino y el odre nuevo de la oración

Lo recordó al iniciar el año de la vida consagrada: «El más importante de estos medios es la oración» (Francisco, 27-11-2014); y lo repitió al final de la Misa de clausura del año: «Lo principal es rezar. El “medio” de la vida consagrada es la oración» (Francisco 2-2-2016).

El vino de la oración es un arte no fácil. Y la perseverancia en ella implica compromiso constante y arduo. La vida consagrada ora, pero ¿cómo ora? ¿Qué odres protegen y dan plenitud a la oración del consagrado de hoy? Se dan comunidades en la que la oración se conserva principalmente a través de oraciones y rezos devocionales de rico contenido espiritual y teológico, en ocasiones de la época de los fundadores, que son repetidas a lo largo del año, e incluso diariamente. Un gran número de congregaciones religiosas laicales centran su oración en el odre de la liturgia de las horas, cuidando ordinariamente con esmero el canto y la participación del mayor número posible de miembros; otras mantienen al menos el rezo comunitario. Los consagrados y consagradas jóvenes y de media edad se ayudan del odre de la lectura espiritual de autores contemporáneos y, con menos frecuencia, de autores clásicos de la espiritualidad eclesial. Los más jóvenes desean un odre que facilita una cierta oración reflexiva en la que, ayudados por juegos de luz y sombras, cantos y melodías, consiguen una experiencia rica en sentimientos interiores. Todos estos odres han de ser valorados, mantenidos y enriquecidos con buen espíritu de discernimiento para que lleven a la madurez de la oración del consagrado de hoy.

Papa Francisco recuerda que la vida consagrada ha de ser una auténtica «escuela de oración» (Francisco, 24-1-2015). ¿Qué consejos ofrece respecto a los odres nuevos que han de contener el vino nuevo de la oración?

La oración del consagrado debe estar centrada en la «Palabra del Señor» (Francisco, 27-11-2014). A su luz se ha de ver la propia vida y misión, las

necesidades del mundo, de la Iglesia y de cada hombre (cf. *Idem*). La Palabra de Dios debe ser el odre nuevo del que se toma el vino nuevo diario de la oración. Los consagrados están llamados a ser hombres y mujeres del encuentro con el Señor (cf. Francisco, 2-2-2016). Toda auténtica y nueva vocación surge de un encuentro con Él. «Quien encuentra verdaderamente a Jesús no puede quedarse igual que antes [...] Quien vive ese encuentro se convierte en testigo y hace posible el encuentro para los demás; y también se hace promotor de la cultura del encuentro» (*Idem*). La comunión y la misión son expresiones del vino de la oración que es guardado en el odre del encuentro diario con el Esposo.

El vino y el odre nuevo de la pobreza

Al enumerar ciertos elementos de la vida consagrada que necesitan una buena evaluación indicó el «uso de los bienes». Al mencionar este elemento afirmó: «¡Me preocupa también la pobreza!» (Francisco, 27-11-2014).

El consejo evangélico de la pobreza siempre ha sido un vino bueno y nuevo para las personas consagradas. Las nuevas generaciones de consagrados deben descubrir la «gran riqueza de no poseer nada» (Francisco, 11-4-2015). Es vino bueno y nuevo porque actúa a modo de madre que da la vida y de muro que protege de la mundanidad (cf. Francisco, 27-11-2014).

En efecto, la pobreza, como buena madre, asegura al consagrado el hogar, el vestido y el alimento de cada día. Ofrece trabajo seguro junto con un descanso necesario y congruo. Y da seguridad de una vejez cuidada y acompañada. La vida consagrada protege contra la pobreza y miseria material. Y más aún contra la pobreza espiritual, ofreciendo con periodicidad, a lo largo de la vida, los medios espirituales necesarios. Muy buena madre es la pobreza.

También la pobreza se comporta a modo de muro para el consagrado. Gracias al voto, viste austero pero no a la moda; come de un modo sano, sin ser costoso ni remilgado; habita en casas dignas, aunque no lujosas; usa los medios de comunicación con eficacia y discreción.

El vino nuevo de la pobreza es bueno. No obstante se requieren odres nuevos para los tiempos de hoy. Se requiere que el consagrado no solamente viva en pobreza, sino que quiera con gozo y alegría ser pobre y experimentar la pobreza. Ha de comprender más el valor de lo material y el sacrificio que implica la posesión y uso de las cosas a las personas que

viven en medio del mundo material. Se ha de inculcar una responsabilidad comunitaria, que haga sentir a cada consagrado responsable del bienestar de sus compañeros de comunidad y no solamente receptor de bienes materiales y espirituales. Ha de saber, querer y buscar ensuciarse las manos y el vestido en la acción directa con los pobres.

El vino y el odre nuevo de la obediencia

La obediencia es un vino de siempre. A la vez, es uno de los vinos nuevos que más ha enriquecido la renovación operada en la vida consagrada del postconcilio.

¿Cuál es el vino bueno de la obediencia? El camino recorrido por Cristo es, para nosotros, los consagrados, el único camino que, de modo concreto y sin alternativas, tenemos que recorrer con alegría y perseverancia (cf. Francisco, 2-2-2015) y con todas sus consecuencias: «quien sigue a Jesús se pone en el camino de la obediencia, imitando la “condescendencia” del Señor, abajándose y haciendo suya la voluntad del Padre, incluso hasta la negación y la humillación de uno mismo» (*Idem*).

La obediencia nueva se expresa a través de los mismos odres de antaño: «docilidad y obediencia a un fundador, docilidad y obediencia a una regla concreta, docilidad y obediencia a un superior, docilidad y obediencia a la Iglesia. Se trata de una docilidad y obediencia concreta» (*Idem*).

¿Qué odres nuevos requiere la obediencia consagrada de hoy? El Papa invita a una creatividad como la de los ancianos Simeón y Ana que descubrieron en el Niño, además de a un bebé, «el cumplimiento de la Ley y de las promesas de Dios. Y son capaces de hacer fiesta: son creativos en la alegría, en la sabiduría» (*Idem*).

Para alcanzar esta creatividad, Francisco ofrece tres sugerencias. Ana y Simeón fueron dóciles al Espíritu Santo («el Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo... Movido del Espíritu, vino al templo» *Lc* 2,25-27). Hace unos años la Iglesia (cf. *El servicio de la autoridad y la obediencia*) ayudó a los consagrados a afrontar el odre del «problemático equilibrio en el ejercicio de la autoridad» (Francisco, 27-11-2014). Ahora falta profundizar en la acción del Espíritu Santo en las mediaciones humanas autorizadas, es decir, el afrontar el odre nuevo del delicado equilibrio de la obediencia al Otro a través de otro (*Idem*, nn. 4 y 7).

En esta línea el Papa ofrece un segundo odre nuevo muy significativo. Odre nuevo, que proviene de la liturgia. «El anciano llevaba al niño, el niño guiaba al anciano» (*antifona del magnificat de las primeras vísperas de*

la fiesta de la Presentación del Señor). La relación del consagrado con Dios, sin dejar de ser de Creador a creatura, se ha de enriquecer con el odre nuevo de una relación de colaboración recíproca más propia de un amor esponsal e íntimo.

El tercer odre nuevo es muy práctico: «la capacidad de contemplar y escuchar a los mayores de la Congregación» (Francisco, 2-2-2015). Estos odres nuevos, tanto el de la obediencia al Espíritu Santo y la relación con Dios como el de la sabiduría humana, salvan, recuerda el Papa, «de vivir nuestra consagración de manera “light”, desencarnada, como si fuera una gnosis, que reduce la vida religiosa a una “caricatura”, una caricatura en la que se da [...] una obediencia sin confianza» (*Idem*). La obediencia nueva requiere el odre nuevo de la confianza sobrenatural y humana.

El siempre de la vida consagrada

Nos preguntábamos al inicio cuál era la novedad que Francisco ha propuesto a los consagrados. Hemos repasado el vino y los odres nuevos que la consagración requiere para ser el don que la Iglesia y el mundo necesitan.

Terminamos con otra novedad, quizá la más importante. ¿Qué actitudes han de tener los consagrados para acoger y hacer vida el vino y los odres nuevos? Recogemos algunas de las anotadas por el Papa durante el año que acaba de terminar.

Se requiere una sensibilidad espiritual que rebose *alegría*. Pero, ¿puede el consagrado ser alegre cuando su vida es un “purgatorio”, como el Papa ha calificado a la vida consagrada (cf. Francisco, 11-4-2015)? ¿Hay algo nuevo en la alegría? Sí. La alegría brota cuando todo es fácil y llevadero, luz, salud, energía de vida. Pero la «alegría perfecta» surge al descubrir que, no obstante las debilidades y dificultades, somos semejantes a Dios, porque Él se ha hecho semejante a nosotros (cf. Francisco, 21-11-2014). Sí, el consagrado, al igual que el bautizado, puede ser “perfecto” como el Padre, en la debilidad y en la cruz que su Hijo vivió al asumir la naturaleza humana.

La persona consagrada debe expresar profundo *agradecimiento*. Hace décadas o siglos solamente existía una intuición, un proyecto, un ideal en la mente del fundador y de los primeros que lo siguieron. Hubo que afrontar dificultades, incoherencias, debilidades, incluso olvido de elementos del carisma –todo ello es “purgatorio”–. En varios períodos fue necesaria la conversión, pero el carisma sigue dando frutos de vida espiritual (cf.

Francisco, 21-11-2014). Todos debemos expresar «gratitud por el don del Espíritu Santo, que siempre anima a la Iglesia a través de los diversos carismas» (Francisco, 2-2-2016).

En el momento presente, en el hoy de la vida consagrada, es preciso *pasión* y *valentía*. Al inicio del año se les preguntó a los consagrados si Jesús era su «primero y único amor», pues solo así sabrán amar y darse a los demás «porque tendrán su mismo corazón» (Francisco, 21-11-2014). La pasión del amor hará del consagrado una persona valiente, que le llevará a mostrar al mundo «el poder innovador del Evangelio que, si se lleva a la práctica, también hoy obra maravillas y puede dar respuesta a todos los interrogantes del hombre» (Francisco, 30-11-2014).

Fundamental siempre, pero de un modo nuevo hoy, es la *confianza* que debe caracterizar al consagrado. Es verdad que el “purgatorio” de la vida se hace sentir con sus expresiones de disminución y el envejecimiento de las vocaciones, con la marginación y la irrelevancia de lo religioso en el ámbito social. Todo ello ayuda a regresar a confiar de un modo “nuevo”, no centrado en los números, las obras, la eficiencia y las propias fuerzas (cf. Francisco, 21-11-2014), sino en Aquel en quien hemos puesto nuestra confianza pues para Él nada hay imposible (cf. 2 *Tm* 1,12; *Lc* 1,37).

El Papa clausuró con estas palabras el año dedicado a la vida consagrada: «¡No os olvidéis de la primera llamada! El trabajo de todos los días, y después la esperanza de ir hacia adelante y sembrar el bien. Que los otros que vienen detrás de nosotros puedan recibir la herencia que nosotros les dejamos» (Francisco, 2-2-2016).

Ecclesia*

*Este editorial ha sido redactado por el P. Juan Carlos Ortega, L.C., director de *Ecclesia. Revista de cultura católica*.